

ALFONSO REYES: DE LA DIPLOMACIA CONSIDERADA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

Adolfo Castañón

Y en cuanto a nuestras repúblicas hermanas, ya se sabe que son singularmente afectas a emplear los cargos diplomáticos como un recurso para deshacerse de políticos indeseables.

Alfonso Reyes: “En torno a la diplomacia” [1952], en *Marginalia, Obras completas*, xxii, p. 184.

Alfonso Reyes salió de México en septiembre de 1913 con su esposa Manuela y su hijo recién nacido. Iba a ocupar un puesto de secretario en la legación mexicana en París, para el que fue designado por el general usurpador Victoriano Huerta, a cuya causa antimaderista contribuyeron tanto su hermano Rodolfo, que llegó a figurar en su gabinete, como su padre, que cayó durante la semana sangrienta de febrero de 1913, en uno de los levantamientos en el Zócalo contra el gobierno constitucional de Madero.

El estallido de la primera guerra mundial coincide con la caída de Victoriano Huerta. Lo sucede en el poder el constitucionalista Venustiano Carranza, quien de inmediato procede a la remoción de todo el cuerpo diplomático del antiguo régimen. Al joven Reyes le toca no sólo despedirse de su pequeño puesto en la embajada, sino ayudar a la salida de muchos latinoamericana-

nos residentes en París. Así, llega a desempeñar un papel decisivo en la salida de todos los hispanoamericanos de París: “Nunca ha existido más nuestra legación en Francia –escribe Alfonso Reyes en 1914– que cuando dejó de existir” (t. I, p. 19). Siguen seis años heroicos en los que Alfonso Reyes se gana la vida en Madrid empuñando la pluma, que es tanto como –le dice a Francisco A. de Icaza– levantar sillas con palillos de dientes. Hay que aclarar que la lucha por la sobrevivencia no le impedirá redondear su estética y perfeccionar su arte de la mirada. Esos fecundos y heroicos años concluyen en 1920, cuando es llamado por el gobierno del general Álvaro Obregón –el mismo presidente que llamó a José Vasconcelos a la Secretaría de Educación Pública– a reintegrarse al servicio exterior mexicano. Así, en 1920 inicia su trabajo diplomático en España, donde permanecerá hasta 1923, reanudando las relaciones entre ambos países, interrumpidas por la Revolución.

Alfonso Reyes vivió casi veinte años al servicio de la vida diplomática, desde 1920 hasta 1937, a lo que hay que añadir su primer año de trabajo en París, 1913-1914, y su último en 1938, en una misión especial. Su *Misión diplomática* transcurre entre países latinos: España, Francia, Argentina y Brasil. Si no consideramos el primer año y arrancamos en 1920, veremos que desempeña sus tareas de representante de México cuando cuenta entre 30 y 50 años. Incluso quienes le regatean a Alfonso Reyes su originalidad creadora, como lo hace el

poeta brasileño Haroldo de Campos,¹ admiten la consistencia de su “cultura diplomática”. En efecto, como deja en claro Javier Garcíaadiego en su ensayo “Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, la obra literaria y ensayística de Alfonso Reyes se desborda hacia el terreno diplomático, mientras que el trabajo del embajador se beneficia de la acción del escritor. De ahí que a la hora de escribir la biografía diplomática de Alfonso Reyes haya que tener en cuenta ya no sólo estos textos oficiales escritos para el servicio diplomático, sino también la compleja red de efemérides literarias configurada por los diversos actos sociales en que participa el escritor y de los cuales va dejando constancia a lo largo de su obra literaria. Más allá, insistamos en que entre la obra de Alfonso Reyes propiamente dicha (por ejemplo, algo de la que está reunida en el tomo IX) y los escritos oficiales recopilados en los dos tomos de *Misión diplomática* aquí comentados, existen trasvases y traslapes.

Entre 1920 y 1938 gobiernan en México Álvaro Obregón, Abelardo L. Rodríguez, Pascual Ortiz Rubio, Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas. Son los presidentes constitucionales, de extracción militar, a quienes toca gobernar y, más aún, inventar el gobierno y las instituciones después de la Revolución Mexicana. A Reyes le corresponderá fungir como representante diplomático de los primeros gobiernos de la Revolución,

afirmar los intereses, la soberanía y la estabilidad de un país en vías de reconstrucción y que aún se encuentra expuesto a conflictos políticos y militares, como los asesinatos de Álvaro Obregón y Francisco Serrano o la guerra cristera, a cuyos partidarios en Francia o en Argentina debe enfrentar a veces con polémicos artículos periodísticos, como él mismo confiesa (artículos anónimos o a veces firmados con seudónimos, a veces con su propio nombre, que no han sido ni identificados ni recogidos).

La vida diplomática de Alfonso Reyes transcurrirá en el periodo de entreguerras, en un momento de peculiar inestabilidad política y económica no sólo en México, sino en todo el mundo; es la hora en que se recomponen las antiguas formaciones políticas y sociales con vistas a la instauración de un nuevo orden entre las naciones, que presupone el declive de las potencias coloniales tradicionales y el advenimiento de otras nuevas (en particular los Estados Unidos). Dicha inestabilidad de la política ya no sólo mundial sino del orden político interno en cada uno de los países donde le toca trabajar es patente a lo largo de los diversos informes escritos por Alfonso Reyes: la disolución de las cortes y las diversas crisis políticas en la España anterior a la segunda República de Alfonso XIII –con quien cumple una delicada misión por encargo de Álvaro Obregón–, De la Sierva, Millán Astray, Romanones y Primo de Rivera; el hervidero político en la Francia de Caillaux, Poincaré, Charles Maurras y Aristide Briand; las huelgas, paros y conflictos

¹ Citado por F. P. Ellison.

en la Argentina del presidente Alvear y durante la hegemonía radicalista; en Brasil es testigo de la revolución de los tenientistas y de todo el agitado periodo que se conoce como “Primera República de Getulio Vargas”. Le toca también cumplir misiones asociadas con los conflictos internacionales de El Chaco y del amazónico caso Leticia, y participar en varias conferencias internacionales, entre las que destaca la de Montevideo, en 1933, para la cual escribirá al alimón con Manuel J. Sierra el significativo documento “Código de la Paz”, un instrumento jurídico que llega a tener reconocimiento continental y que crea todo un precedente en esta materia. En lo personal no parece afectarlo demasiado la crisis económica de 1929, pero el ascenso del movimiento comunista en el mundo, el advenimiento y la consolidación del fascismo italiano y el agresivo armamentismo alemán son circunstancias que no deja de registrar puntualmente.

Alfonso Reyes salió de México en 1913 huyendo del fantasma de la política, pero la maldita política será precisamente la materia prima de su observación diplomática. El poeta y agudo crítico literario demostrará, además, ser un perspicaz observador político, un conocedor profundo de la anatomía y la fisiología de los cuerpos sociales observados. El analista Reyes condensa información periodística, pondera rumores y noticias, retrata personalidades con un característico sentido práctico y, a veces, un dejo humorístico. Nada se le escapa, todo lo observa, sin olvidar nunca para quién y

para qué escribe: para México y para que sus superiores en la cancillería puedan tomar decisiones, y para que sepan también en qué mundo vive México después del aislamiento revolucionario.

De los cuatro países observados destacan sus informes sobre Francia y Brasil. De hecho, no es irrelevante que haya dedicado a este último país y a su vida política interna más espacio que a los otros, y es que Alfonso Reyes pasa en Brasil una tercera parte de sus años diplomáticos y le toca informar del desarrollo del proceso que lleva de la caída del presidente Washington Luis y de la revolución de los tenientistas al advenimiento de Getulio Vargas al poder, a la Asamblea constituyente convocada por éste y a los episodios que configuran su llamada Primera República. Cabe señalar al margen y entre paréntesis que Alfonso Reyes llegará a establecer con el presidente Getulio Vargas una firme amistad personal y que el presidente tendrá el gesto de despedirlo públicamente durante un programa de radio transmitido por todo el país. Pero la relación con Getulio Vargas no es más que la punta del iceberg amistoso que logra crear Alfonso Reyes en sus años brasileños con escritores y personalidades de toda laya ideológica, desde *Tristao de Athayde* (seudónimo de Alceu Amoroso Lima) y los poetas Manuel Bandeira y Cecilia Meireles, el periodista y militante Carlos Lacerda, el poeta y diplomático Roland de Carvalho, Graciliano Ramos, Buarque de Holanda y otros eminentes artistas brasileños, como los pintores Cândido Portinari y Cicero Dias. A

su vez, no sobra decirlo, Brasil dejará alguna huella en la obra del regiomontano: la estancia brasileña agudiza su inteligencia americana y los años cariocas serán decisivos para su creación poética y sus futuras tareas de “afición a Grecia”.

Con sus mil quinientas páginas, los dos tomos de la *Misión diplomática* de Alfonso Reyes, impecablemente reunidos, ordenados y prologados por Víctor Díaz Arciniega y coproducidos por la Secretaría de Relaciones Exteriores y el Fondo de Cultura Económica de México, vienen a sumarse, como un cuerpo documental, a los veintiséis tomos de la obra completa (alrededor de catorce mil páginas), al conjunto de epistolarios del autor (que darían aproximadamente otros siete u ocho tomos, entre seis mil y siete mil páginas) y al todavía inédito *Diario*. Cuando surgió la idea de publicar estas cartas e informes del diplomático, las posibles dudas sobre si era legítimo, desde la hipotética perspectiva editorial del autor, se disiparon en cuanto recordamos que el mismo Alfonso Reyes ya había emprendido esta labor en la serie de títulos (de edición limitada y aun limitadísima) que él mismo publicó con el título de *Archivo*. Lo inaccesible y disperso de estas publicaciones, aunado al valor histórico y aun literario de los documentos inéditos (sustancialmente las partes cuarta y quinta, correspondientes a Argentina, y la sexta, a Brasil) nos afirmaron en el proyecto y nos animaron a proseguir con él. Por supuesto, también surgieron dudas a propósito de si no sería mejor obrar con un criterio antoló-

gico y sólo publicar, a manera de ejemplos sobresalientes, algunos de los documentos. Pensamos que esta medida desvirtuaría el valor medular de la empresa, que estriba precisamente en la oportunidad histórica (entiéndase en varios sentidos) de armar y organizar, primero, y luego difundir, un conjunto de documentos que arrojan luz y ayudan a uniformar el criterio en varios planos; en primer lugar, con esta publicación –sigo aquí el prólogo de Víctor Díaz Arciniega, verdadero editor, en el sentido fuerte de la palabra, de esta obra–: “La imagen de un Alfonso Reyes poco conocido: el político, en su más alta y refinada acepción, la del versado en el gobierno y los negocios de Estado y que cuida el decoro de la República”; en segundo término, pensamos que la publicación trascendía hacia una documentación de innegable utilidad social: la de ensanchar y profundizar en el conocimiento de la historia de México a través de la exposición de un conjunto de documentos reveladores de esa “diplomacia en acción” –para evocar el título con que Jorge Álvarez Fuentes ha reunido los diversos escritos de Genaro Estrada–, de esa política exterior mexicana en el periodo que va de Álvaro Obregón a Lázaro Cárdenas, y de su articulación con la historia de México y de América Latina en general.

La misión diplomática de Alfonso Reyes –como lo han sabido apuntar Díaz Arciniega y Javier Garcíadiego– desborda esta reunión de informes, relaciones, cartas reservadas, memorandos, proyectos y telegramas. Si hemos de seguir a Alfonso Re-

yes cuando advierte que el del diplomático es un trabajo de tiempo completo y de cuerpo entero, tendremos que inscribir estas expresiones oficiales en el cuerpo más amplio de la vida escrita de Alfonso Reyes, y habría que leer estos tomos junto con ensayos y discursos como “Atenea política” o “Notas sobre la inteligencia americana” y con los poemas de *Cortesía*, pues en ellos se tiende un puente entre el oficio público del diplomático y el quehacer del escritor a través de lo que debe llamarse una “política del espíritu”.

Diversos testimonios asientan que Alfonso Reyes fue un buen diplomático. Pero su éxito no fue una casualidad: el hijo menor del general Bernardo Reyes llevaba la política en la sangre y pertenecía —señala Garcíadiego— a “un inocultable linaje político”; sus coincidencias con los señores de Sonora, Obregón y Calles, los dos presidentes que lo atrajeron al servicio público, pasando por encima del antimaderismo de su padre y de su hermano, se pueden remontar a los tiempos en que, a través de sus amigos Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán, el propio Francisco I. Madero le pide a Reyes que convenza a su padre de que desista de sus proyectos de insurrección; y en última instancia esas coincidencias ideológicas con sus jefes trascienden las circunstancias y coyunturas para cristalizarse en la idea republicana del servicio a la nación. En ese sentido, hay que reconocer que el título puesto a la obra no deja de ser adecuado: la palabra “misión” tiene tres acepciones principales: 1) la derivada del

hecho de enviar a alguien con un encargo o función; 2) la que se desprende de un destino, vocación o providencia espiritual, y 3) la que designa al cuerpo o entidad colectiva llamada a dar realidad a una tarea efectuada en tierras extranjeras o entre poblaciones con creencias y culturas diversas.

Esa familia de escritores llamada Alfonso Reyes, desde luego, supo cumplir ejemplarmente con su misión de funcionario de un gobierno nacional —y más aún de un Estado en proceso de reconstrucción e institucionalización después de un proceso revolucionario—, pero probablemente no hubiese podido con estos *trabajos* si sus días no hubiesen estado iluminados por la certeza de que en cada acto público protocolario, en cada informe secreto, en cada pequeño litigio burocrático, estaba en juego el sentido personal y el destino familiar, el interés superior de la nación, el servicio a la humanidad y a la cultura mexicanas, alimentados por la piedad dolorosa de los difuntos. A diferencia de los simuladores, Alfonso Reyes supo tomarse en serio su trabajo y entregarse a él, abandonarse, con obstinada pero lúcida inteligencia, a las exigencias de una tarea que se condensa en estos escritos pero que de ninguna manera se sabría reducir a él. Esa seriedad, esa lucha contra la negligencia, se traduce en precisión y minucia, y es la prenda subyacente al valor histórico de estos documentos escritos por un hombre que anda por el mundo español, francés, argentino y brasileño mirando qué lección puede extraerse para la causa mexicana de los efec-

tos históricos que le toca atestiguar, ganando amigos para el país y para sí mismo.

No extraña que a lo largo de estas páginas afloren de tanto en tanto alusiones mexicanas que de alguna manera centran en la perspectiva nacional los hechos externos que se van narrando, como cuando en relación con la sociedad y las ideas que podían darse en México a propósito de la importación de orientales, dice Reyes:

En cuanto a la raza adecuada para la mezcla con nuestras poblaciones rurales, corren en México –al parecer– dos o tres nociones empíricas que, a veces, proceden de meras inclinaciones sentimentales. No quiere esto decir que no haya quien, con estudio y método, se dedique a tales cuestiones y obtenga teóricamente sanas conclusiones. Pero me refiero aquí a las ideas que corren la calle. Así, hay quien desearía atraer a los orientales, por simple esnobismo literario o por vagas generalidades antropológicas sobre los pómulos salientes y los ojos oblicuos, o en vista de la eterna historia del indio y del chino que se entendieron un día, hablando cada uno en su lengua propia. Quien tal piensa, olvida que, precisamente, los orientales sólo cuentan en el mundo actual hasta donde han logrado “desorientalizarse”, y sustituir las pasividades del budismo y la no resistencia al mal por el victorioso optimismo activo, creador del Mediterráneo y de Occidente. Y es increíble que, por simple manía libresca más o menos directamente traducida del inglés (y, sobre todo, del inglés de los Estados Unidos, y más bien, del

de los ligeros aficionados que no del de los profesionales del pensamiento y de la cultura septentrionales; moda, en suma, que tiene su origen en las librerías para familias con sala de té anexa), los mismos que hablan de sacudir la modorra tradicional y el semisueño en que viven ciertos autóctonos mexicanos, consideren, como remedio a tales obstáculos, la conveniencia de la cruz con otra modorra semejante. ¡Sobre el pulque y la melancolía –por si eran poco–, el opio y el nirvana!

Hay también quienes hablan de mezclas germánicas, simplemente por aficiones a cierta disciplina militar o aun por mera aversión contra Francia, a la que en el fondo no conocen. Hay quien sueña en poblaciones hasta hoy profundamente ignoradas por el ambiente mexicano –húngaros, polacos, checos– simplemente por amor a las novedades. Hay quienes recuerdan el ejemplo fecundo (aunque no sin peligros) de la inmigración italiana en la Argentina o en Nueva York... (t. 1, pp. 450-451).

O como cuando comentando con el Marqués de Lema la crisis de 1923 en Madrid en torno del gobierno de Primo de Rivera, aquél le dice: “Esta Revolución se ha hecho sin disparar un tiro”, y Alfonso Reyes confiesa espantado a sus superiores en México: “Es horrible confesarlo: me asustan las revoluciones mansas por lo que se guardan en la barriga, también fue relativamente mansa la revolución maderista en México”. Y luego, en una nota al pie escrita años más tarde, en 1947, al hacer la publicación

de *Momentos de España* en una edición “limitadísima”, Reyes subraya: “Me comprobaría años más tarde el triunfo pacífico de la República española seguido después de tantos males” (t. I, p. 223).

Reyes no sólo da conferencias sobre México o sobre asuntos mexicanos, como la que dicta en Argentina en 1937 durante la segunda embajada sobre “la poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, deslizando con este motivo algunas explicaciones sobre la política del señor presidente Cárdenas en materia de voto femenino que merecieran los aplausos del nutrido auditorio” (t. I, p. 776); no sólo se manifiesta públicamente alzando el estandarte de la historia y la cultura mexicanas, sino que actúa eficaz pero sigilosamente: en su primera misión en España le toca restablecer las relaciones entre ambos países, interrumpidas después de la Revolución; en Francia, reanimar los intercambios comerciales, auspiciar la apertura de una representación en Suiza y la pertenencia a la Sociedad de Naciones, y aun polemizar desde la trinchera periodística para defender la política del presidente Calles en materia religiosa; en Argentina, además de esto último, le toca promover la línea de navegación México-Argentina; en Brasil, ser testigo de uno de los procesos sociales más complejos y apasionantes de la historia de América Latina en el siglo XX, y del que deja constancia en la extensa *Introducción al estudio económico de Brasil*, además de las numerosas cartas reservadas que escribe sobre la política interna de aquel país.

Su afirmación de la política exterior mexicana y de la soberanía nacional sabrá inscribirse en proyectos más amplios, o como cuando redacta el documento “Coordinación y perfeccionamiento de los instrumentos internacionales existentes para la consolidación de la paz”, en 1936, o escribe la memoria titulada “Medidas para promover el fomento de relaciones intelectuales y culturales más estrechas entre las repúblicas americanas y para desarrollar el espíritu del desarme moral”. Esta adhesión a la política exterior mexicana se manifestará ostensiblemente en sus infatigables oficios, primero, por respaldar al gobierno republicano español desde Argentina, y luego al tejer la trama política que permitirá abrir las puertas de México a los intelectuales de la derrotada República española, como queda claro en el epistolario —compilado por Alberto Enríquez Pelea para El Colegio de México, titulado *El llanto de España en Buenos Aires*—.

A pesar de lo meritorio de esta compilación de Víctor Díaz Arciniega y del mesiánico título que la ampara, habrá que señalar al lector que quien quiera tener una visión más completa del ejercicio diplomático de Alfonso Reyes deberá hacer pasar por la tela del juicio la correspondencia que nuestro autor sostuvo con diversos corresponsales y, en particular, con Genaro Estrada, a quien le habla franca y abiertamente de asuntos que en los papeles oficiales no siempre se registran en toda su gravedad y vivacidad. Dos ejemplos: la carta de Alfonso Reyes a Genaro Estrada

escrita desde Buenos Aires (17 de noviembre de 1927) donde le hace una dramática descripción de los problemas de higiene y plomería que aquejan a la residencia de la embajada:

I. Sea lo primero insistir, de la manera más respetuosa pero más firme, en las no saciadas necesidades económicas de esta Embajada, tonel de las Danaides donde todo el dinero cae y desaparece. Es esta casa un elefante blanco que me está consumiendo, en el sentido nervioso y en el financiero. Ahora acabo de descubrir que vivíamos sobre un montón de perfecta mierda, y que hacía varios años estaban atascadas las cloacas de esta chingadísima mansión. Ya están limpias, naturalmente. A mí se me puede acabar el dinero, pero no la conciencia de mis responsabilidades inmediatas. Ya hice pasar por ahí el oscuro ejército de caqueros subterráneos, de olorosos pies. Ya, a la hora casi inverosímil de la madrugada, funcionó la bomba aspirante y comedora de caca, trasladando a su hediondo vientre todos los tesoros diplomáticos aquí acumulados por tantas generaciones reflexivas e intestinales. Ya las abiertas ventanas dejan salir los últimos vapores pestilenciales; ya se quema el espliego en los salones que pronto hollarán los pies de Alvear (porque le doy una cena –reglamentaria y obligatoria– el próximo día 24). Aquí hace falta una partida de mantenimiento del edificio, y aquí hace falta un hombre dedicado a cuidarlo permanentemente, a las órdenes del movable jefe de Misión. Tiene sus inconvenientes, pero

no siempre es seguro que venga a habitar aquí gente humilde y cuidadora de sótanos, de llaves de luz, de gas, de agua, de obreros pícaros, de servidumbre internacional y canalla.²

El otro ejemplo se refiere a una cuestión por demás espinosa: las reacciones del embajador Reyes ante las manifestaciones que surgen en Argentina con motivo de la ruptura del gobierno mexicano con la Iglesia católica en el contexto más amplio del conflicto cristero. El anticlericalismo de Alfonso Reyes es espontáneo y aun entusiasta. Nunca llegó a comprender –y acaso ni siquiera podía haberlo intentado dada su formación– el fondo histórico y cultural de la cuestión cristera. Queda claro también que su simpatía hacia Calles va más allá de lo institucional. Quizá en las reacciones del embajador adulto (en 1928 cuenta alrededor de cuarenta años) están presentes como un pueril atavismo los aspavientos anticlericales del niño que rechazaba la primera comunión berreando: “Yo soy librepensador; yo soy librepensador”.³

Así escribe Alfonso Reyes a Genaro Estrada en un mensaje “personal y confidencial” fechado en Buenos Aires el 1º de junio de 1928:

² *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, compilación y notas de Serge I. Zaitzeff, II, 1927-1930, El Colegio Nacional, México, 1993, p. 70.

³ Alfonso Reyes, “Bautizo de invierno”, en *Obras completas*, XXIV. *Crónica de Monterrey*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 538.

Gordo impoluto: ésta es carta No. 13, carta de agüero. Que lo sea de felicidad para Ud., y que lo encuentre –si cabe (si cabe en el Espacio)– más gordo todavía.

I. Bombas y cohetes: Irigoyen a la vista. Esto basta para desatar en el país algo como un nudo antiguo, para soltar las ganas de “hacer trastadas” entre la gente del pueblo. Al instante han empezado a “pasar las cosas”. Los obreros hacen huelgas y se matan a tiros en Rosario; una bomba estalla en el Consulado Gral. de Italia; otra en la casa de un Coronel fascista italiano. Otra dicen los anónimos de los católicos que me van a poner a mí. Yo la deseo, para acabar con el problemita de la casa; pero ¡cá! No caerá esa breva! En todo caso, soy la única casa de Embajada que no tiene policía a la puerta. No sé por qué será. Cuando me lo preguntan, contesto con voz de Irigoyen: “Porque la casa de México la cuida el pueblo”. Hace dos días rompieron una puerta de un corralón que hay al lado de la Embajada: yo creo que son los atorrantes, para poder ¡los pobres! meterse a dormir ahí por la noche. Pero Villatoro frunce el ceño, pasa por sus ojos una sombra de locura solemne que dentro de dos años lo hará parar en un manicomio —pues va para manía— y asegura que son los preparativos para la bomba que van a ponernos HOY MISMO.⁴

Para Alfonso Reyes la diplomacia no es nada más un ejercicio servicial. Desde la perspectiva de una cierta geometría mesiánica, él la llega a concebir “como una relación abstracta y pura entre mi buena inten-

ción y mis esfuerzos por una parte, y por otra, la Idea mexicana, platónicamente emancipada de todo accidente presidencial o político”, según le escribe a Martín Luis Guzmán en una carta no mandada pero escrita el 17 de mayo de 1930 desde Río de Janeiro.

El itinerario dibujado por el tránsito diplomático de Alfonso Reyes no concluye estrictamente con la última misión extraordinaria que en 1938 le encarga realizar en Brasil el presidente Cárdenas, sino con su designación como director presidente de la Casa de España en México, como bien lo ha sabido señalar Javier Garcíadiego. Ese puesto reconocerá oficialmente que el peregrino de Monterrey será en adelante “peregrino en su patria”. Paradójicamente, México, al volver a él, se le alejará; la mexicana se le tornará —como dice en uno de sus poemas—: “Ciudad remota”:

¿Por qué te acercas de lejos,
México, ciudad famosa,
y estando cerca de ti,
te me apareces remota?
(México, 1938)

Peregrino en su patria, Alfonso Reyes —nos dice Octavio Paz, evocando a otro diplomático cristalino: Rodolfo Usigli— “en apariencia festejado, decía con frecuencia

⁴ *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, compilación y notas de Serge I. Zaïtzeff, II, 1927-1930, El Colegio Nacional, México, 1993, p. 137.

a todos los que quisiéramos oírlo que vivía exiliado en su propia tierra” (Octavio Paz, “Rodolfo Usigli en el teatro de la memoria”, t. XIV, *Miscelánea II*, p. 126).

Alfonso Reyes supo hacerse ciudadano de cada ciudad y país por los que pasó, como atinadamente escribió Borges, pero también supo evitar que se lo tragara la tierra y la cruz del cacto. Salió de México huyendo temeroso de los efectos que producen al “descastado”, temeroso de verse transformado en un “Príncipe sin corona [...] un príncipe internacional / que va chappurreando todas las lenguas y viviendo por todos los pueblos, entre la opulencia de sus recuerdos”. Su destino diplomático se cierra en un círculo: si empieza haciendo de España su casa y ganándose ahí la vida contra viento y marea, su arte de hacer amigos lo lleva a concluir fundando en México la Casa de España. Vive durante veinte años en casa ajena como si fuese propia, pero al fin y al cabo su verdadera casa está entre las palabras y su servidumbre es, en último término, en primer lugar la de la consonante forzada. A lo largo de estas numerosas páginas, una cosa que queda clara es que la lucidez no está reñida con el sentido del humor. Alfonso Reyes sabe decir adiós a la jaula dorada de las embajadas con una sonrisa traviesa:

Al Abate J. M. G. de M.
(a consonante forzada)

Yo, que ayer fui diplomático,
aunque un tanto morgánico,

y hoy las doy de catedrático,
de lo español y lo ático,
temí parar en maniático,
entre el trajín burocrático,
y hui, como del tifo exantemático
del trato chirle y del estilo enfático.

Ay, Abate magnífico y simpático,
Es dura la pensión del diplomático,
él llora siempre su destino errático,
y, para que le sea más umbrático,
la Superioridad, monstruo miasmático
le acorta el pienso y le recorta el viático. 

BIBLIOGRAFÍA

- Díaz, Arciniega, Víctor, “Prólogo: El organizador de la Esperanza”, en *Alfonso Reyes y el Brasil: un mexicano entre los cariocas*, México, CONACULTA, 2000, p. 10.
- Garcíadiego, Javier, “Alfonso Reyes: cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1998.
- Reyes, Alfonso, *Misión diplomática*, tomo I: El servicio diplomático mexicano (1933), Momentos de España (1920-1923), Crónica de Francia (1925-1927), Argentina (1927-1930), y Argentina (1936-1937); tomo II: Brasil (1930-1936) y Apéndice. Compilación y prólogo de Víctor Díaz Arciniega, Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.
- Williams, Daryle, *Culture Wars in Brazil. The First Vargas Regime, 1930-1945*, Duke University Press, North Carolina, 2000, 372 pp.

—, *La era de Vargas*, estudio introductorio, selección y notas de María Celina D'Araujo, traducción de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México, 1998, 252 pp.

LA MORISMA DE ZACATECAS

Guillermo de la Peña

Jorge Vértiz (ensayo fotográfico), Alfonso Alfaro (texto), *Moros y cristianos. Una batalla cósmica*, México: Libros de la Espiral (Revista *Artes de México*), 2001, 128 pp., fotografías.

Al comienzo de cada estación veraniega los miembros de la Cofradía de San Juan Bautista de Zacatecas se reúnen a celebrar, durante cuatro días y tres noches, la fiesta de su santo patrono. El lugar de la celebración, conocido como Lomas de Bracho, se ubica en las afueras de la ciudad minera; originalmente los cofrades procedían de los barrios y pueblos de los alrededores, pero hoy muchos viven en la capital del país, o en Guadalajara, o en diversas partes de los Estados Unidos. Fielmente, año con año, todos acuden a esta festividad, conocida como “la Morisma”, en la que reviven los temas de los espectáculos de “moros y cristianos” que nos son familiares en muchas regiones de México; empero, la celebración zacatecana sorprende porque en ella intervienen más de ocho mil actores, empeñados en recuperar una secuencia dramática que los enlaza con sus raíces comunitarias, con el ciclo cósmico y humano de

estaciones y familias renovadas, y con su individual destino trascendente. Los acompañan otras tres mil personas, que ayudan con labores de organización, intendencia, tramoya y primeros auxilios, o simplemente que expresan su devoción al Bautista. Hace cien años los actores llegaban al millar; vinieron después épocas de violencia revolucionaria, de persecución religiosa y de repliegue comunitario, que llevaron a la suspensión de la fiesta durante dos o tres décadas. Cuando reapareció, gracias a la persistencia de los devotos cofrades, apenas reunía a doscientos participantes. Sin embargo, en los últimos cuarenta años ha crecido vertiginosamente, tal vez como respuesta vigorosa a las fuerzas centrífugas traídas por una modernidad impersonal y ajena.

Este libro captura, con imágenes y palabras, la experiencia plástica, y sobre todo vivencial, de la Morisma. Tuvo una larga gestación, que comenzó en 1973, cuando un joven estudiante y aspirante a fotógrafo, Jorge Vértiz, acudió por primera vez al festival zacatecano para tratar de cautivar con su cámara, en medio de la lluvia inesperada y de las descargas de pólvora, aquel torbellino de rostros expresivos, colinas de tierra roja y arbustos verdes, nubes, cielos radiantes y oscuros, y muchedumbres en movimiento. Fascinado por lo que vio y sintió, regresó muchas veces. A lo largo de tres décadas, la comprensión de la dramaturgia y de su sentido profundo, adquirida en diálogo de amistad con varios actores y organizadores, le permitió construir un documento fotográfico excepcional. En el li-

bro aparecen más de cuarenta fotografías a colores, muchas desplegadas en dos páginas, en las que podemos seguir las evoluciones de los ejércitos moros, que han adoptado los uniformes de los zuavos que acompañaron a Maximiliano, así como las de los ejércitos cristianos, que visten como soldados mexicanos de las guerras de Reforma o como zapadores de la intervención francesa; nos deslumbran las armaduras de los centuriones romanos y casi escuchamos el galope de los caballos de los reyes islámicos y de los doce pares de Francia, lo mismo que el estruendo acompasado de las bandas militares que agrupan a cientos de tambores y clarines. Las imágenes nos hablan de una vivencia colectiva, de un ritual multitudinario en el que se alternan la apariencia del caos y el retorno pertinaz del orden; pero también de fuertes vivencias personales, capturadas en las expresiones graves o alegres, pero siempre atentas, de quienes gozan plenamente su participación.

En armonía con estas imágenes, Alfonso Alfaro ha urdido un texto no menos excepcional, que reúne la erudición del historiador, la comprensión analítica del antropólogo y la mirada del esteta. Invitado por su amigo el fotógrafo, el escritor acudió durante dos años a la festividad y entrevistó largamente a varios miembros de la cofradía; además, rastreó en la literatura los orígenes y connotaciones del rito. Éste se divide en tres representaciones que, aunque pueden contemplarse independientemente, deben comprenderse en conjunto.

La primera representación conmemora el martirio de San Juan Bautista, el último y más grande profeta del Antiguo Testamento, pariente y precursor de Jesús, a manos de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Como se sabe, el Bautista fue encarcelado por reprender públicamente el adulterio de Herodes con su cuñada Herodías, y luego decapitado; su ejecución la pidió Salomé, hija de Herodías, en recompensa por sus bailes, que mucho agradaban al tetrarca. En la puesta en escena zacatecana, repetida las tres noches de la fiesta, abundan los centuriones empenachados, las princesas y las esclavas; por su parte, el público resiste desde las graderías de madera, durante más de tres horas, el viento helado y a veces la lluvia.

La segunda representación, que se desarrolla durante las mañanas y al comienzo de las tardes, revive el Coloquio de los Doce Pares de Francia, donde el emperador Carlomagno, al frente de sus esforzados paladines, derrota a las fuerzas sarracenas en el paso de Roncesvalles. El emperador vence con la ayuda divina, pero también gracias a la princesa musulmana Floripes, enamorada del caballero franco Oliveros; y además logra la conversión de los príncipes enemigos, tan nobles y esforzados como los cristianos. En las Lomas de Bracho, unos y otros contendientes visten armaduras y yelmos de supuesta inspiración medieval, mientras la hermosa princesa, rodeada de su guardia de honor, observa impávida las escaramuzas.

Finalmente, la tercera representación, que es la de mayor fuste, implica desplie-

gues y evoluciones de vastos contingentes armados en torno de un castillo (de utilidad) asentado en la parte más alta de las colinas. Los batallones de la cristiandad son ahora comandados por Felipe II de España, su medio hermano don Juan de Austria y el capitán Alonso de Guzmán, mientras que los de la Media Luna obedecen las órdenes del sultán turco Selim y del noble guerrero Argel Osmán. En el segundo día, el príncipe Juan resulta victorioso, por la intervención milagrosa del Bautista, pero al caer la tercera tarde el mismo príncipe es capturado y llevado preso al castillo. Al día siguiente, gracias a una estratagema de Guzmán, quien penetra el castillo disfrazado, el prisionero escapa, y en la última, terrible batalla, los propios moros reconocen que el cielo favorece a los españoles. En las últimas escenas del espectáculo ocurre “algo espantoso”: a pesar de que se ha convertido al cristianismo, Osmán es decapitado y la efigie de su cabeza puesta en una pica; más aún, cuando su alma, convertida en paloma, asciende al cielo, es abatida por la fusilería hispana.

Las tres narrativas tienen orígenes y temporalidades diferentes, pero están unidas por la figura de San Juan Bautista, puesto que tanto los francos como los españoles ostentan la misión de rescatar su cuerpo de manos de los musulmanes; incluso, en el ataque al castillo, los cristianos se recomiendan cuidar que la venerable reliquia no se dañe. (Alfaro nos informa que, según la tradición, el Bautista está enterrado en la Mezquita de Damasco, y que Juan Pablo II oró

ante su tumba en uno de sus viajes.) En la tercera representación el nombre del precursor es invocado y su auxilio es determinante del triunfo; además, la figura de don Juan de Austria lleva su nombre e igualmente cumple con el cometido –por medios bélicos– de anunciar a Cristo. Ahora bien, a los autores de este libro les interesa indagar acerca del significado que la secuencia ritual cobra para los propios participantes. ¿Qué relación tienen con estos hombres, mujeres, jóvenes y niños entusiasmados las narraciones dramáticas de sucesos lejanos en el espacio y en el tiempo, que se refieren a personajes ignotos y expresan valores aparentemente ajenos? La respuesta fundamental es que las representaciones simbolizan la tradición de pertenencia a una comunidad, es decir, a la Cofradía de San Juan Bautista, que ha unido desde hace siglos –literalmente– a grupos de familias y vecinos. En Zacatecas, uno de los puntos más importantes en la “ruta de la plata” que atravesaba la zona conocida durante la Colonia como la Gran Chichimeca, las cofradías y sus festividades marcaban puntos de convergencia para una población reciente y heterogénea –forjada en el crisol del mestizaje– de trabajadores y buscadores de fortuna. La dedicación de una cofradía a San Juan denotaba su enjundia: junto al del apóstol Santiago, el culto del precursor era uno de los más importantes, desde la evangelización temprana, por su simbolismo de “abrir paso” al Salvador, y quizá por ser el santo patrono del primer obispo de la Nueva España. Según el tes-

timonio de Motolinía, uno de los primeros auto-sacramentales escritos en lengua náhuatl fue *La natividad de San Juan Bautista*, representado precisamente el día de la festividad del santo, en 1538. No sería extraño que entre las obras de teatro edificante promovidas en el siglo XVI por los frailes –las cuales, en palabras de Robert Ricard, “ha[n] sobrevivido a mil tempestades”– se encontrara asimismo una escenificación del crimen de Herodes Antipas. Si bien la versión que encontramos hoy en día en las Lomas de Bracho parece haber sido introducida en una época relativamente reciente, su conexión con tradiciones escénicas remotas parece probable; y lo que sí es segura es su vinculación con una devoción que se ha prolongado por siglos. A todo esto hay que añadir la seducción intrínseca de la historia, en la que la inocencia y el heroísmo del Bautista se oponen a la lujuria y la crueldad de Herodes y Herodías; y donde el erotismo de Salomé se conecta directamente con la muerte y la traición. Como lo destaca Alfonso Alfaro, tal seducción alcanzó a Gustave Moreau y a Óscar Wilde, y yo agregaría en la lista al zacatecano Julio Ruelas.

En cuanto a las escenificaciones de batallas entre musulmanes y cristianos, debemos situarlas en una tradición que se inició en la península ibérica inmediatamente después del triunfo de los Reyes Católicos sobre la ciudad de Boabdil, que puso fin a la Reconquista. En España, las morismas –como se les llamaba desde entonces– eran parte integrante de una cultura centraliza-

dora –hoy la llamaríamos “nacionalista”– que justificaba la unidad de todos los reinos peninsulares y se erigía como representante de la cristiandad ante la amenaza política del imperio otomano, las incursiones depredadoras de piratas turcos y berberiscos, y la resistencia interna que se tornó violenta en la rebelión de las Alpujarras. Alfaro nos recuerda que esta oposición entre dos supuestos bloques homogéneos, el islámico y el cristiano, se fue construyendo lentamente y tuvo un momento culminante en el siglo XVI, al enfrentarse las voluntades de poder de los Reyes Católicos y los Austrias, por un lado, y el emergente liderazgo de Istanbul, por el otro. Con todo, lo que en realidad encontramos en los siglos anteriores son alianzas cruzadas entre reinos y señoríos tanto cristianos como musulmanes, y revueltas populares que aprovechaban las escaramuzas para sus propios fines. Por ejemplo, en el célebre paso de Roncesvalles no combatieron cristianos y “moros”, sino francos y vascos, y estos últimos resultaron vencedores. En cualquier caso, tras la caída de Tenochtitlán las morismas pasan al Nuevo Mundo ya como versiones de una historia en la que los conquistadores son aliados y representantes de las figuras celestiales. La realidad imitaba al arte: así como en las morismas peninsulares el apóstol Santiago y otros santos irrumpían en los campos de batalla para dispersar a los mahometanos, del mismo modo los soldados españoles aseguraban que en sus batallas contra los aztecas o cazcanes las mismas figuras les concedían

la victoria. En las morismas novohispanas los indios desempeñaban tanto el papel de cristianos como el de moros, de modo que no se les excluía de la cristiandad triunfante. De nuevo es Motolinía quien nos cuenta que en 1538 y 1539 se escenificaron, en México y en Tlaxcala, dos grandes batallas de las Cruzadas: la toma de Rodas y la toma de Jerusalén, el día de Corpus Christi; para ello se edificó una fuerte plaza (de utilería, como el castillo de Zacatecas), con torre del homenaje y torreones, que era capturada por los ejércitos del emperador. Poco a poco, a lo largo de décadas y centurias, fueron apareciendo variaciones y subvariaciones de la estructura fundamental de las morismas; por ejemplo, el llamado ciclo carolingio de danzas de moros y cristianos, lejanamente inspirado en la *Canción de Roldán*, donde campean Carlomagno y sus valerosos pares, o bien los espectáculos vinculados con la batalla de Lepanto, que tienen como uno de sus protagonistas principales a don Juan de Austria, pero donde también debe mostrarse a Felipe II —aunque éste nunca conoció ningún combate—, para no opacar la gloria de la corona. Sin embargo, la transformación y diversificación no obedecía simplemente a la intervención de los misioneros; por el contrario, los indígenas y los grupos populares se fueron apropiando de las narrativas, de los diálogos y de los símbolos, hasta producir secuencias francamente subversivas, como la de los tastoanes del valle de Atemajac, donde Santiago es inmolado y, tras su resurrección, convertido en aliado de quienes fueran original-

mente sus enemigos, o la de la danza azteca-chichimeca (en ciertas variantes), donde la invocación a Dios y a Santiago se sustituye por la exaltación de Ometéotl y Quetzalcóatl. Y hay que recordar que los viejos cristeros de Jalisco, Zacatecas y Michoacán, a quienes Jean Meyer entrevistó hace más de treinta años, al hablar de sus hazañas en contra de los callistas se comparaban con los Doce Pares de Francia.

La Morisma de Zacatecas no posee un carácter explícitamente subversivo, pero sí significa la apropiación popular de los personajes y de las secuencias, la nivelación social a través de la devoción religiosa y del fervor teatral; la capacidad de innovar y reinventar los trajes y las coreografías, o de usar gafas de motociclista bajo una corona sarracena; la posibilidad de reclutar indistintamente hombres, mujeres y niños, o de cambiar de un ejército a otro según se quiere estar cerca de la familia o de la novia, o simplemente experimentar el gozo de fabricar cada etapa de las batallas, con súbitos cañonazos y elaborados duelos de espadachines. Lo importante de la Morisma, a fin de cuentas, es la solidaridad, que la lente de Jorge Vértiz ha captado en forma insuperable cuando culmina en el gran desfile por el centro de Zacatecas, el último día, antes de la misa compartida en la catedral y del asalto final al castillo. Alfonso Alfaro sostiene que, junto al individualismo y al consumismo de la cultura capitalista dominante, donde el tiempo se concibe como algo que también se consume y se desecha, coexisten culturas comunitarias que

prefieren la donación al consumo egoísta, y el gasto suntuario en el regocijo compartido a la acumulación de objetos caducos. Desde la visión comunitaria, el tiempo no es lineal, sino cíclico; puede recuperarse en el ritual y en la convivencia que une a los vivos con los muertos, a los presentes y a los ausentes, a lo corpóreo con lo intangible. En sus palabras:

El tiempo que promete, el tiempo que desliza. Gracias a este rito, su paso no es lineal y caótico, trazo endeble que va dando tumbos guiado por su propio capricho, sino una espiral ascendente que nos va acercando al cielo; una curva que describe exactamente las mismas circunvoluciones de otra, dibujada desde la eternidad, donde tuvieron —y tienen— lugar las batallas que conmemoramos: la de los ángeles y los demonios cuyos capitanes fueron San Miguel y Luzbel; la que libró el sagrado Bautista contra la ceguera y la maldad; la de la muerte contra la vida que se dirime en la redención y se renueva en la eucaristía, la de unos personajes llamados moros y cristianos, cuya imagen está situada más allá de la historia y que supieron asumir con honor el papel que el destino les había deparado.

Los antropólogos entendemos el rito como una compleja articulación de ideas y emociones, de palabras y emblemas, de actos y contextos, que involucra a un gran número de personas, y se repite y renueva al través de las generaciones. Desafía el paso del tiempo porque enarbola valores perdu-

rables y, sobre todo, el valor de la comunidad. Este libro nos adentra en el misterio de un rito; pero es, asimismo, como toda creación artística, un reto a la caducidad temporal, “un gozo que pervive”, gracias a la prosa de Alfonso Alfaro, a las imágenes de Jorge Vértiz, y a la espléndida edición de *Artes de México*. 

LECTURAS: RECIENTES, PERSONALES Y BRASILEÑAS

Mauricio Tenorio Trillo

Creo que cuando un amigo nos pregunta: “¿qué has leído últimamente?”, entre más descontrolada y generosa es la lista de recomendaciones, mejor es nuestra respuesta. He aquí mis lecturas más recientes, personales y brasileñas.

Más allá de la “tierra de zamba y pandero”

Son legión los llamamientos a la desnacionalización de las distintas historiografías, *mea culpa* que cargamos los historiadores de oficio. En Francia, por ejemplo, Marcel Detienne recientemente planteó la idea de comparar lo incomparable al superar la obsesión nacionalista de la historiografía francesa.¹ En España, Josep Fontana, en trabajo erudito más allá de las parroquias ibéricas y de las modas teóricas, convoca a la rigurosidad empírica y a desencantarse

¹ *Comparer l'incomparable*, Seuil, París, 2000, edición castellana de Península, Barcelona, 2001.

por igual de los grandes paradigmas explicativos y de los mitos nacionales. Mientras tanto, en los Estados Unidos, ya hace algunos años varios historiadores iniciaron la internacionalización de la historia estadounidense, aunque los frutos estén aún por verse.² Por contraste, en el resto del continente americano ha reinado esa otra “comunidad” de cuento, “América Latina”, que narra siempre la misma historia de buenos y malos. Son pocos los que han pedido la desactivación del término a cambio de producir historias más interesantes, más allá de la nación, pero también más allá del mito colectivo de nuestra latinidad.³

En Brasil, paradigma universal del trópico, larga sede de la esclavitud, ese pecado compartido y mito de la democracia racial, siempre ha habido una cierta veta más que nacional, aunque reine, como en todos lados, la historia nacional y nacionalista. Tres trabajos recientes de la historiografía brasileña presentan una sólida perspectiva más allá de la nación; el primero a través de una posición atlántica (*O Trato dos Videntes. Formação do Brasil no Atlântico Sul*) y los otros dos (*O imperialismo sedutor. A americanização do Brasil na época da Segunda Guerra y Americanos. Representações da identidade nacional no Brasil e nos EUA*) gracias a una suerte de espejos cruzados entre los dos grandes mitos continentales, la nación de *os sortões* y el país *of the frontier*. De estos tres libros quiero hablar.

O Trato dos Videntes. Formação do Brasil no Atlântico Sul (Sao Paulo, Companhia das Letras, 2000), de Luiz Felipe de Alencas-

tro, lanza una nueva mirada sobre la historiografía brasileña. No me detendré mucho en este libro. Es demasiado importante y requiere de un tratamiento minucioso dentro de los estudios de la esclavitud y de la formación y disolución de los imperios. Es obra que debe leerse a coro y a contrapelo de recientes trabajos (sobre épocas variadas y sitios diferentes) que brindan una perspectiva del pasado más allá de la nación y de las áreas etno-culturales a que estamos acostumbrados (Europa, Asia, América Latina). Me refiero a trabajos como los de Sanjay Subrahmanyam, Anthony Pagden y Daniel Rotdgers, por citar pocos pero excelentes, y a cuya estirpe pertenece *O Trato dos Videntes*. La claridad de la prosa del autor hace que no haya nadie mejor que él para explicar la trascendencia del libro:

siempre se pensó a Brasil fuera de Brasil, pero de manera incompleta: el país aparece como una prolongación de Europa. Sin embargo, la idea expuesta en este libro es diferente y relativamente simple: la colonización portuguesa sostenida en la esclavitud dio lugar a un espacio económico y social bipolar, uno que englobaba una zona de producción esclavista situada en el litoral de la América del Sur y una zona de repro-

² Consúltense el ensayo y la bibliografía que sobre esta materia presenté en la publicación *Estudos históricos*, Río de Janeiro, núm. 27, 2001, pp. 9-30.

³ Pionero en esto fue Mario Sambarino; véase el argumento y bibliografía que presento en *Argucias de la historia*, México, Paidós, 1999.

ducción de esclavos con sede en Angola. Desde finales del siglo XVI surge un espacio aterritorial, un archipiélago lusófono compuesto de los enclaves de la América portuguesa y de las *feitorias* de Angola. Es de ahí que surgió Brasil en el siglo XVIII. No se trata, a lo largo de estos capítulos, de estudiar de forma comparativa las colonias portuguesas en el Atlántico. Al contrario, lo que se quiere es mostrar cómo esas dos partes unidas por el océano se complementan en un solo sistema de exploración colonial cuya singularidad aún marca profundamente al Brasil contemporáneo [p. 9].

De Alencastro nos revela la otra cara de la “Tierra de la Santa Cruz”; esto es, una colonia que, a diferencia de las visiones de ilustres historiadores (Capistrano de Abreu o Sérgio Buarque de Hollanda, como De Alencastro mismo señala) no puede asumir la conclusión y el axioma de la historia nacional: Brasil. “Es en el espacio más amplio del Atlántico del Sur –dice De Alencastro– que la historia de la América portuguesa, y la génesis del imperio del Brasil, adquieren toda su dimensión. La continuidad de la historia colonial no se confunde con la continuidad del territorio de la colonia” (pp. 20-21). Lo mismo ha sostenido, y con largueza, otro lúcido historiador brasileño, José Murilo de Carvalho: “Cuando las tropas del general Junot forzaron a la Corte portuguesa a abandonar Lisboa con destino a Río de Janeiro a fines de 1807, no existía Brasil ni política, ni económica, ni culturalmente. Existía un archipiélago de capita-

nías que, según Saint-Hilaire, el botánico francés que recorrió buena parte del país a principios del siglo XIX, frecuentemente ignoraban la existencia unas de otras”.⁴

Por tanto, *O Trato dos Videntes* es una historia ilegal en muchas historiografías nacionales. Es a un tiempo parte y negación de la historia portuguesa, la historia de Angola, Mozambique, Cabo Verde, África en general, Brasil, Perú, Holanda, Inglaterra y sus colonias. Goa, Luanda, Lisboa, Salvador, Recife, Sao Paulo... son los escenarios de una “globalización”, como todas, definitiva y trágica. Miles de almas traficadas de uno a otro lado del Atlántico por un imperio marítimo y comercial que no halló oro o plata que valiera más que el tráfico de personas. *O Trato dos Videntes* abarca mucho: el lado africano, el europeo, el americano; la captura de esclavos, la complicidad de los reinos y las tribus africanas, los problemas de transportación, las epidemias y sus efectos en africanos y portugueses, los cambios en la relación con los indios de América, la mutua influencia en la búsqueda de formas de gobernar colonias entre España, Portugal e Inglaterra. En definitiva, un libro destinado a ser un clásico, impresionantemente bien documentado no sólo de viejos papeles y libros raros y olvidados, sino de poesía, literatura, cálculos estadísticos y toda

⁴ Véase De Alencastro, 1999, p. 23, otro libro de reciente aparición que pone a la mano del lector, experto y no, artículos, antes dispersos en varias publicaciones, de este importante historiador brasileño.

suerte de filigrana para deleite de historiadores. Un clásico y un pionero de una historia más allá de las naciones; un libro, además, favorecido por la excelente y bella producción de Companhia das Letras. “El buen historiador que escribe mal”, decía Paulo Mendes Campos, una suerte de H. L. Mencken brasileño, activo por la década de 1950, “debe entregar su material al mal historiador que escribe normal”. De Alencastro no tuvo necesidad de entregar su abundantísimo material a nadie, pues su escritura es parte esencial del regalo que es *O Trato dos Viventes*.

Con un giro a la lente por largo tiempo desenfocada, De Alencastro nos descubre un mundo entretejido de rutas comerciales, contactos culturales, tráfico de ideas, cuerpos y almas, entre Europa, Asia, África y América. Y esto para el siglo XVI y XVII. Pero otras mundializaciones habrían de caerle a este universo ya mundializado, y a ello se dedica *O imperialismo sedutor. A americanização do Brasil na época da Segunda Guerra* (Sao Paulo: Companhia das Letras, 2000) de Antonio Pedro Tota. Se trata de un estudio minucioso del *kulturkampf* a la manera brasileña durante la décadas de 1930 y 1940; de la batalla entre los defensores del “verdadero” Brasil, el profundo, el auténtico, y los mesías del Brasil moderno, cosmopolita, “americanizado”. Esta es una controversia que se remonta a finales del siglo XIX y que tuvo su expresión, como puede imaginarse, en cada país del continente. Tota se detiene en los aspectos más cercanos a la historia de los intercambios cultu-

rales, más de oficinas privadas y estatales encargadas de la promoción cultural. *O imperialismo sedutor* es un libro muy cercano a una veta, productiva y prometedora, de estudios “transnacionales” o de nueva historia diplomática. Para el caso de los Estados Unidos, trabajos como los de Emely Rosenberg, Micol Seigel y Penny von Eschen cuentan la misma historia que Tota, pero desde el punto de vista de la autopromoción de imágenes raciales, favorables a los Estados Unidos, en África, Europa y el resto de América. Para el caso de México, por dar otro ejemplo, tres trabajos recorren surcos comunes a los de Tota: Helen Delpar, Seth Fein y Alicia Azuela. La cosa se está volviendo moda entre el latinoamericanismo estadounidense que maquila todo lo que toca.⁵

Pero el libro de Tota es más que moda. En verdad se trata de un trabajo rico en investigaciones, anécdotas e ideas. Tres ejes conceptuales atraviesan el libro: el americanismo entendido como doctrina estadounidense de seguridad nacional, protección hemisférica y agenda comercial, pero también como nueva e inevitable cara del progreso y la libertad. Es decir, americanismo como “imperialismo seductor” y como anhelo, global y popular, de una era brasileña y mundial. Un segundo eje es, en las décadas de 1930 y 1940, la alternativa, el germanismo y todo lo que tal término conllevaba: antiliberalismo, industrialización rápida, di-

⁵ Considérese, por ejemplo, el volumen coordinado por Gilbert M. Joseph, 1998.

ciplina, antiamericanismo, alta cultura... Este eje nos parece hoy lejano, pero Tota se encarga de recordarnos cuán presente estaba entonces en la mirada de políticos, de intelectuales y de la gente en general. El tercer eje es más complejo: la existencia de un intercambio cultural (Brasil-Estados Unidos) el cual se sustenta en la aparentemente incuestionable existencia de algo así como una cultura brasileña y una estadounidense. Al asumir la existencia de tales culturas, Tota sostiene no la simple imitación brasileña sino una resistencia, una muy particular antropofagia brasileña y un muy estadounidense exotismo.

O imperialismo sedutor estudia sobre todo cuatro cosas: primero, la creación y funcionamiento a partir de 1940 de la Office for Coordination of Commercial and Cultural Relations between the Americas, luego llamada Office of the Coordination of Inter-American Affairs, dirigida por Nelson Rockefeller durante la administración de F.D. Roosevelt; en segundo lugar, y como parte de lo anterior, la presencia brasileña en la exposición universal de Nueva York (1939); en tercer término, la industria del cine y la radio durante las guerras de propaganda y el papel que el Brasil jugó en esas campañas; y finalmente la influencia de un intelectual bien conocido en el resto de América, Waldo Frank. Para cada uno de estos temas Tota presenta una investigación rigurosa, bien ejemplificada, mejor contada y llena de ilustres momentos: Orson Wells en Brasil, Carmen Miranda y sus avatares en Brasil y Estados Unidos, los usos y

abusos de la música popular brasileña, la consagración del Brasil de venta internacional, el de “Aquarela do Brasil” de Ari Barroso, ese país de “zamba y pandero”, “tierra de Nuestro Señor”.

El libro de Tota es un anecdotario de las gansadas estadounidenses en la comprensión del Brasil. Si De Alencastro estudia cómo las políticas de Carlos V frente a los indígenas del Perú fueron punto de referencia para el quehacer portugués en África, Tota, en cambio, falla al no reconocer que la comprensión del estereotipo de la Aquarela do Brasil pasa por México, ¡qué se le va a hacer! Es decir, la Aquarela do Brasil fue pintada sobre la tela ya dibujada por el conjunto de prejuicios y visiones mutuamente creadas entre Estados Unidos y su frontera hispánica. Por ello, si algo puede reprochársele al trabajo de Tota es no haber considerado, a no ser el libro de Frederick Pike, la nueva historiografía del tema.⁶ Pero si el de Tota es el anecdotario de los gazapos estadounidenses sobre Brasil, el libro de Lucia Lippi, *Americanos. Representações da identidade nacional no Brasil e nos EUA* (Belo Horizonte, UFMG, 2000) es la cuenta de los gastos del otro ojo: el brasileño viendo a Estados Unidos.

Americanos intenta hacer, primero, un balance de las miradas cruzadas entre Estados Unidos y Brasil, sobre todo en el siglo XX;

⁶ Libro que informa pero que deja las cosas sin analizar. Tota, por ejemplo, podía haber considerado el libro antes citado de Von Eschen y Robert Rydell, 1993, y R. H. Haddow, 1997.

también quiere ser un llamado al estudio y conocimiento de Estados Unidos en Brasil. Por ello, el libro de Lippi es uno en la tradición que la autora misma revisa –que va de la crítica antimodernista de Eduardo Prado (*A ilusão americana*, 1893), los viajes optimistas de Oliveira Lima (*Pelos Estados Unidos*, 1899), los penetrantes, aunque conservadores, comentarios de Alceu Amoroso Lima (*A realidade americana*, 1954), la ironía fina de Érico Veríssimo (*Gato Preto em Campo de Neve*, 1939) y los desplantes analíticos, muy de la década de 1950, época de *El laberinto de la soledad* (Octavio Paz) o de *People of Plenty* (David Potter), de Viana Moog (*Bandeirantes e pioneiros*, 1955); saga que llega hasta el propio libro de Lippi y a trabajos como el de Tota o el coordinado por Guillermo Giucci.⁷ Pero al mismo tiempo, *Americanos* es una revisión de la institucionalización del estudio de Estados Unidos en Brasil y del estudio del Brasil en Estados Unidos. Mejor aún, como muestra Lippi, es la narración de la constante fijación de académicos, políticos e intelectuales brasileños con Estados Unidos, pero también el anuncio del fracaso en la conformación de una verdadera perspectiva brasileña, documentada y seria, acerca de los Estados Unidos. Así, Lippi revisa el papel jugado por la institucionalización del brasilianismo en Estados Unidos, la importancia del estilo norteamericano de universidad en la profesionalización de las humanidades y las ciencias sociales en Brasil, y el papel de la Ford Foundation en ello. Como en su momento Sérgio Miceli –pero

sin los desplantes antiimperialistas del doctor Miceli–, Lippi escribe la historia de las ciencias sociales relacionadas con el mutuo conocimiento entre Brasil y los Estados Unidos.⁸ Y al hacer esto revisa todas las contribuciones, entre ellas la de un favorito de quien esto escribe, Gerson Moura, a quien leí por primera vez a principios de la década de 1990. Moura fue uno de los pioneros en el conocimiento del entramado teórico que sostiene el edificio de las ciencias sociales estadounidenses. Soy uno de sus beneficiarios, y transcribo aquí el párrafo que, con justicia, le dedica Lippi:

En este cuadro de desconocimiento, el trabajo de Gerson Moura, estudioso de las relaciones exteriores brasileñas, constituyó una excepción. Su investigación, interrumpida por la muerte prematura, fue la que más se acercó al estudio del universo de la historiografía estadounidense entre nosotros. Autor de *Autonomia na dependência* y de *Tio Sam Chega ao Brasil*, Gerson se dedicó a examinar el diálogo entre la historia y las ciencias sociales en Estados Unidos durante el siglo XX, y apunta aproximaciones, impasses y retrocesos [p. 32].

⁷ La citada tesis de Seigel recorre igual terreno, especialmente al examinar a autores como Oliveira Lima y Arthur Ramos que, en constante interacción con el pensamiento estadounidense, presentaron visiones de una democracia racial no sólo brasileña.

⁸ Los trabajos de Miceli son clásicos en la sociología de los intelectuales y en la historia de la académización de las ciencias sociales en Brasil.

Como parte del estudio del brasilianismo estadounidense y del “americanismo” brasileño, Lippi examina la recepción de los trabajos del historiador estadounidense, recientemente desaparecido, Richard Morse. Y aquí Lippi diseca el fuego cruzado entre Morse e intelectuales brasileños a favor y en contra de las ideas presentadas en *El espejo de Próspero*, de Morse (autores como Simon Schwartzman, José Guilherme Mequior, Wanderley Guilherme dos Santos, Antonio Candido, entre otros). A la distancia de unos años, la controversia aparece ahora como el encuentro de dos posiciones inteligentes y bien sustentadas: una versión cuasihabermasiana del Brasil, margen de Occidente pero proyecto mejorable de la modernidad occidental (Schwartzman), y la visión neorromántica de la vuelta a las raíces y al Brasil, la sociedad alternativa. Esta dicotomía hoy parece anacrónica y actual. Anacrónica porque ninguno de los dos proyectos es siquiera discutible, no ya realizable, en su versión pura. Actual porque ¿qué otra cosa es la traída y llevada globalización que debatir la posibilidad de existencia de estas opciones civilizacionales? —cuando en realidad la civilización y la globalidad no está en una u otra versión sino en la posibilidad de discutirlos, y en los términos que Schwartzman, Morse y Lippi misma establecen—.

Lucia Lippi encuentra en el espacio una obsesión común entre las definiciones nacionales de Estados Unidos y Brasil.⁹ El *sertão* y la *frontier* son el obstáculo, el atraso, la barbarie y el reto, pero también la

renovación, la pureza y la autenticidad. *Americanos* examina esta problemática y vuelve a analizar *Bandeirantes e pioneiros*, de Viana Moog, al tiempo que reconstruye dos visiones de la frontera norteamericana: la del historiador académico Frederick Jackson Turner y las del historiador presidente T.D. Roosevelt. Estas consideraciones regresan al lector a un debate que parecía enterrado en la prehistoria romántica de nuestras naciones. La identitología nacional dio frutos mohínos e intolerantes, aunque también elegantes creaciones artísticas (como *Rafzes do Brasil*), y experimenta en estos principios del siglo XXI un *revival* académico e intelectual. Y es nuevamente relevante la pregunta central de Moog, en palabras de Lippi: “¿cómo fue posible que los Estados Unidos llegaran a la vanguardia de las naciones y que el Brasil tuviera un futuro tan incierto?” (p. 104). Raza, clima, historia y naturaleza ocupan a Moog, quien, como cita Lippi, consideraba a Brasil “la única civilización tropical realmente

⁹ Una nueva visión de los *sertões* también aparece en un libro de reciente publicación, Trindade Lima, 1999. Se trata de un lúcido y completo estudio de las visiones literarias, higienistas, sociológicas, simbólicas de los *sertões* ora como la barbarie en busca de conquista, ora como fuente inagotable de la originalidad brasileña; un estudio que revisa, con un admirable bagaje teórico, desde las visiones de Euclides da Cunha hasta los trabajos de naturistas e higienistas poco conocidos, así como el surgimiento de una perspectiva sociológica profesional en Brasil. Otro estudio fresco en relación con los *sertões* y la aparición de una medicina tropical, brasileña y moderna, en Bahía, es Peard, 1999.

mencionable”. Como Gilberto Freyre antes, Moog afirma la ausencia de problemas raciales graves. Este “mito” sugiere otro legendario participante en este debate, Peter Fry. Las revisiones del pensamiento social brasileño, por lo visto, no terminarán con la simple desmitificación de esta proverbial creencia brasileña; llevarán a preguntarse para qué servía el mito y si aún resulta útil, aunque sea como mito.¹⁰

Por extraño que parezca, la materia examinada por Lippi es hoy de vanguardia. No es una falla de esos hacedores de mitos –ya de la democracia racial, de la superioridad espiritual del Brasil, o del *melting pot* estadounidense– de las identidades “verdaderas” de mexicanos, brasileños, estadounidenses, franceses... cualesquiera que éstas sean, sino de nuestros tiempos que aún encuentran interesante regodearse en la posibilidad de existencia de algo así como “razas” e “identidades”. El diagnóstico de Lucia Lippi sólo nos recuerda que el historiador nunca hace consigo mismo lo que hace con los demás –y fue Goethe quien pedía al historiador meterse consigo mismo con la saña con que se entromete con otros–. Porque la fiebre identitológica de hoy, de los multiculturalismos de los Brasiles profundos, los Méxicos profundos, los Estados Unidos profundos es, creo, una mezcla inútil de *mea culpa* con autocomplacencia.

Aquí la relevancia de la última parte del libro de Lippi: un hacerse de palabras con la idea del multiculturalismo a la manera estadounidense, y esto desde el pun-

to de vista del país de la supuesta democracia racial, de la innegable diversidad genética, política y económica. Dice Lippi, “así como en los Estados Unidos se pasó a combatir el *melting pot*, aquí también se combate el mito de la democracia racial. En ese combate se vuelven a afirmar las diferencias raciales; se da incluso una lucha por la racialización, por la etnización de la vida social” (p. 184). En un país donde reina “un orden social asimilacionista, con un orden público clientelista, familiarista”, donde “prevalece la noción de a los amigos todo, a los enemigos la ley”, en ese Brasil, se pregunta Lippi, “¿es posible desechar el camino de la universalidad de los derechos del individuo por la garantía de los derechos de las etnias?” (p. 185). Lippi responde a coro con Caetano Veloso al afirmar la de facto e irrenunciable mestización del país, y al ponerse del lado de la noción de ciudadanía. Dice Lippi que dice Veloso:

Al contrario de esos brasilianistas que nos querían mostrar que el Brasil cultivaba un racismo hipócrita y por lo tanto más nocivo que el racismo abierto y un día institucionalizado que experimentaron los Estados Unidos, yo –además de preferir que un racista sea, al menos, constreñido a fingir que no lo es– pienso que la confusión racial brasileña revela una mezcla profunda que ocurrió también, inevitablemente, entre los norteamericanos, a pesar de que ellos finjan

¹⁰ Véase también Jesse Souza (coord.), 1997.

–con sus leyes racistas y con sus leyes de compensación antirracista– que esa mezcla no se dio allá.¹¹

Y Lippi dice: es muy difícil el transplante...

tout court del nuevo modelo de construcción de identidades del mundo norteamericano al brasileño. Aunque la cultura y la sociedad brasileña estén pasando por enormes transformaciones, a pesar de que la identidad nacional sea hoy menos homogénea de lo que fue en el pasado y asuma un perfil mucho más pluralista sin optar por un único padrón, aún así, creemos que el paradigma asimilacionista, que valoriza el mestizaje y la consecuente personalización de las relaciones sociales, continúa siendo muy fuerte y sobrevive a las dificultades concretas de implantación de los valores abstractos y universalistas, que están contenidas en la lucha por el establecimiento de la ciudadanía [p. 188].

El libro de Lippi, pues, nos recuerda que nuestros asumidos post-tiempos son como los ángeles de esa gran poetisa brasileña, Cecilia Meireles, ángeles que tienden “sus convites divinos”, y entonces “soñamos que ya no soñamos”. Pero aún soñamos, unos en acentuar las diversidades, incluso inventarlas, en nombre de una multiculturalidad políticamente correcta; otros en seguir aspirando a las viejas nociones de derechos civiles y a la ciudadanía universal. Pero todos, en Brasil, en Estados Uni-

dos o en México, “soñamos que ya no soñamos”, que esta vez va en serio.

“*Numa terra radiosa vive um povo triste*”:¹²
Las nuevas visiones del pensamiento brasileiro

En la última década han sido publicados varios trabajos sobre el pensamiento social brasileño; algo más allá de las historias del liberalismo –o del positivismo– comunes en todo el continente.¹³ Más bien historias del devenir de la concepción científica de la sociedad, la naturaleza, el Estado, el bienestar. A tal tendencia se ha sumado otra, ora comercial, ora de política cultural, que es el auge de la industria editorial brasileña. Las ediciones brasileñas de historia y ensayo han crecido en cantidad y calidad. Entre estos trabajos recientes, y que de cierta manera tratan sobre el pensamiento brasileño, está *Historia da vida privada no Brasil*, coordinado por Fernando A. Novais (São Paulo, Companhia das Letras, 1997-2000), que va en su cuarto volumen. En especial los dos últimos volúmenes de esta colección contienen importantes revisiones de los clásicos del pensamiento brasileño en la tinta de los mundillos cotidianos de ciudades como Río, Sao Paulo o Belo Horizonte.

¹¹ El texto es de Veloso, citado en el libro de Lippi, p. 185.

¹² La frase es de Eduardo Prado, *Retrato do Brasil* (1928).

¹³ Sobre Brasil, véase Renato R. Boschi, 1985; Antonio Pim, 1998; Wanderley Guilherme, 1999; Renato Lemos, 1999.

Además de esta obra de varios volúmenes, *Introdução ao Brasil. Um Banquete no Trópico*, coordinado por Lourenço Dantas Mota, proporciona una colección de trabajos sobre libros claves del pensamiento brasileño; es un “estado del arte” en el estudio del pensamiento social brasileño y una útil referencia para la enseñanza y la investigación. Incluye ensayos sobre los clásicos textos del pensamiento brasileño: los *Sermões* del padre Vieira, el *Projecto para el Brasil* de José Bonifácio, *Os sertões* de Euclides da Cunha, *Retrato do Brasil* de Paulo Prado, *Raízes do Brasil* de Sérgio Buarque de Hollanda, *Casa-grande e senzala* de Gilberto Freyre, la *Formação da literatura Brasileira* de Antonio Candido, entre otros. La revisión de cada título no sólo presenta los datos básicos y el contexto general del autor y del libro en cuestión, sino que revisa las interpretaciones que el libro ha merecido a través del tiempo. Más aún, saca importantes lecciones para el presente. Por ejemplo, entre 1897 y 1899 fueron publicados los tres volúmenes de *Um estadista do império* de Joaquim Nabuco. En tal estudio, sostiene Luiz Felipe de Alencastro, encargado de examinar este libro en *Introdução ao Brasil*, el prominente liberal y antiesclavista brasileño hizo una defensa minuciosa e inteligente del parlamento y de la necesaria continuidad del Estado de la monarquía a la República. Y por ello, añade De Alencastro, el libro ganó una nueva vigencia en dos momentos más recientes de la historia brasileña, cuando fue necesario reforzar la importancia del Congreso en

contra de poderes dictatoriales (al final de la era Vargas en 1945 y al final de la dictadura militar en 1985). El texto, sugiere De Alencastro, también contiene advertencias para el futuro:

El congreso no es el Parlamento y la Brasilia de fines del siglo XX no tiene, ni jamás tendrá, la importancia y la influencia nacional que Río de Janeiro ejercía a fines del siglo XIX. Además, *Um estadista* en vez de estimular el optimismo acerca de la eficacia y perennidad de la política parlamentaria brasileña, puede también dar lugar a una lectura pesimista. Después de todo, el libro narra la historia de una miopía política casi secular que redundó en un fiasco enorme: al enfrentar la esclavitud desde su fundación, el Parlamento ganó cuanto tiempo pudo, dejó que el problema tomara dimensiones nacionales e internacionales insostenibles y, cuando resolvió actuar, provocó la quiebra de la monarquía y del régimen parlamentario [p. 131].

De este tipo de lecciones está lleno el libro. De igual manera, en el tratamiento de *Raízes do Brasil*, Brasílio Sallum recuerda al lector la belleza e importancia de un libro originalmente publicado en 1936. (Uno de los iconos de un importante momento continental de crítica social y cultural –la década de 1930– y uno de los pocos libros tratados en *Introdução ao Brasil* que alguna vez fuera traducido al castellano, por cierto gracias a la clarividencia de Cosío Villegas en el Fondo de Cultura Económica.) Pero

Sallum también nos recuerda cómo un libro tan poético era también una sólida crítica al autoritarismo que Buarque de Hollanda veía venir, una mano dura que pretendía sustituir los fracasos de una república oligárquica con la firmeza de una dictadura igualmente oligárquica. Había que hacerse, creía Buarque de Hollanda, la gran Revolución brasileña, la que acabara con las viejas oligarquías e incluyera a las nuevas masas y clases medias.

Como toda recopilación de artículos, *Introdução ao Brasil* tiene descalabros y desequilibrios en el examen de los diferentes libros. Pero no deja de ser una gran idea y un elemental recurso bibliográfico y pedagógico, además de una importante propuesta de reinterpretación contemporánea de muchos de los textos clásicos del pensamiento brasileño.

Si bien este último libro alcanza a examinar autores contemporáneos como Antonio Candido, Celso Furtado o Florestan Fernandez, no incluye un capítulo sobre uno de los educadores y antropólogos más importantes del siglo XX brasileño: Darcy Ribeiro. *Darcy Ribeiro, sociología de un indisciplinado* de Helena Bomeny (Río de Janeiro, UFMG, 2001) es otro estudio reciente que reinterpreta el pensamiento social brasileño a partir del análisis de Darcy, el antropólogo, el indigenista brasileño, el hombre de izquierda, el funcionario, el educador, el Don Juan y el escritor. Darcy es sin duda uno de los más interesantes científicos sociales del siglo XX, especialmente por el papel que jugó en los planes educativos de

Brasil y por su último gesto: unas monumentales memorias; memorias que, Bomeny muestra, nos obligan a pensar la teoría social a la luz de la autobiografía y a contraluz de pensadores como Raymond Aron, Robert Merton o Richard Bendix. Desde esta perspectiva la teoría social resulta ser algo más que una lucha de letras y paradigmas; es la vida. Weber así, pues, vendría a ser sus lecturas y su vida, y es irreplicable e indescifrable. La búsqueda del método se vuelve otro nombre para decir “ir viviendo”, sobre todo en un *bon vivant* como Darcy.

Darcy Ribeiro. Sociología de un indisciplinado es en verdad una reinterpretación del desarrollo de las ciencias sociales en Brasil (a partir de la década de 1940) desde el eje de la educación, y por ello desde la suma más obvia de ciencia, educación, pasión y nacionalismo: Darcy. Pero es al mismo tiempo un estudio de la vida y papel institucionalizador de Darcy y de cuatro personalidades más: Anísio Teixeira, Fernando de Azevedo, Florestan Fernandez y Roberto da Matta. Los dos primeros, junto con el ministro Gustavo Capanema, y el propio Darcy, fueron importantes educadores dentro de la llamada Escola Nova. Teixeira fue el traductor de John Dewey al portugués y el estratega de la reforma de la educación pública a finales de la década de 1950 y durante la de 1960. El libro de Bomeny es, en efecto, una historia de la educación pública en Brasil. Como dice Bomeny: “La aproximación simultánea a Fernando de Azevedo y Darcy Ribeiro representa, teóri-

ca y políticamente, la posibilidad de combinar el legado de la escuela sociológica francesa con el individualismo democrático de la escuela de Chicago. Y si el trazo más sobresaliente del proyecto de Anísio de Teixeira es la defensa de la democracia, no le fueron indiferente la fidelidad, la pasión, el compromiso y la militancia de Darcy con las causas populares” (p. 255).

Bomeny contrapone a Darcy y Aron en lo concerniente a la búsqueda de método, poder y estilo. Las impresionantes memorias publicadas en el ocaso de sus vidas hace esto posible. En ellas podemos ver al científico enfrentar al político, al Don Juan, al escritor, al estratega y al mesías que todos llevamos dentro. Así, si Aron es el espectador comprometido que actúa de acuerdo con las posibilidades del momento, Darcy es el mesías apasionado: la seducción de Darcy –dice Bomeny– por las salidas misionarias y salvacionistas encuentra en Aron el contrapunto realista de la acción circunscrita a la lógica de lo posible (p. 25).

Darcy es también el megalómano irreverente que, como W. H. Auden, para quien la modestia o era mentira o no era modestia, creía que “os modestos têm razão, cada um sabe de si”. Bomeny reconstruye la trayectoria intelectual de Darcy, desde sus orígenes en la escuela antropológica de Sao Paulo, muy cercana al nuevo estructuralismo culturalista estadounidense, hasta su giro de educador y político internacional, crítico de las nuevas teorías antropológicas (por ello enfrentado a los nuevos antropólogos, como Roberto DaMatta, menos cre-

yente en los paradigmas científicos, menos nacionalista). Pero, en el fondo, Darcy fue el eterno huérfano que buscó en ser forjador de patria la compensación a no haber tenido una y no haber sido padre. Una trayectoria apasionante y llena de matices. En el medio de todo, una ingente labor educadora que Bomeny resume al detalle, tanto en sus estadísticas y logros como en sus influencias internacionales (especialmente el pragmatismo educativo de Dewey). Pero al final, la melancolía, la misma que Paulo Prado, en su *Retrato do Brasil* (1928), había señalado como elemento esencial de la brasilianidad. Dice Bomeny de Darcy:

El sumergirse en la brasilianidad –como [Darcy] mismo cuando en la escuela paulista–, la penetración en el interior del alma brasileña, el autoconvencimiento de que tenía que construir una teoría que explicase la originalidad brasileña [...] hicieron de Darcy un creyente en su potencialidad de genio, héroe, solitario traductor e intérprete de los auténticos sentimientos nacionales. Luchaba contra la muerte porque no podría librarse en cuanto no formulase la teoría explicativa del Brasil, cubriendo la laguna aún existente en nuestra tradición. La urgencia en hacerlo empeñando la vida, a pesar de las incursiones de la muerte, lo aproxima a Dios; la certeza de que la auténtica interpretación de Brasil dependía de su talento... [hacia] de él el traductor privilegiado, el intelectual que piensa el Brasil, el no académico, el indisciplinado portador de dones excepcionales, el vanidoso confeso...

Él, que no obstante se vuelve, nos recuerda Bomeny, un ser frágil y vulnerable por su misma vanidad y su infranqueable melancolía. Bomeny impulsa a pensar que Darcy, si no más, queda como un baluarte del género autobiográfico en portugués y/o como un monumento al proyecto fallido que venimos arrastrando desde el siglo XIX: una ciencia real, verdadera, objetiva y útil de lo social.



No quise ser irrespetuoso al juntar todos estos libros. Seguro que no hay razón para que vivan juntos. Sucede que los leí recientemente y que me gustaría darlos a conocer y verlos, por qué no, traducidos por manos más peritas que las mías. Quería participar mi emoción y recomendarlos, cosa que, a luces vistas, ya he hecho. 

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond, *Memoires*, París, Julliard, 1983.
- Azuela de la Cueva, Alicia, “Arte y poder. La revolución pictórica de la Revolución mexicana y su influencia en la construcción de una imagen”, tesis doctoral, El Colegio de Michoacán, México, 2001.
- Bendix, Richard, *From Berlin to Berkeley*, New Brunswick, New Jersey, Transaction Publishers, 1986.
- Berger, Bennett M. (coord.), *Authors of their own Lives: Intellectual Autobiography by Twenty American Sociologists*, Berkeley, The University of California Press, 1990.
- Boschi, Renato R. (coord.) *Pensamento liberal no Brasil*, Río de Janeiro, IUPERJ, 1990.
- De Alencastro, L.F., “Brasil: Nações imaginadas”, incluido en *Pontes e Bordados. Escritos de história e política*, Belo Horizonte, UFMG, 1999.
- De Pagden, Anthony, *People and Empires*, London, Weinfeld and Nicolson, 2001.
- Delpar, Helen, *The Enormous Vogue of Things Mexican*, Alabama, The University of Alabama Press, 1992.
- Fein, Seth, “Hollywood and United States-Mexico Relations in the Golden Age of Mexican Cinema”, tesis Ph. D., University of Texas en Austin, 1996.
- Fontana, Joseph, *Historia: análise y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1999.
- Fry, Peter, “Politics, Nationality, and the Meaning of Race”, *Daedalus*, vol. 129, núm. 2, primavera 2000.
- Giucci y Maurício Dias, *Brasil-EUA; antigas e novas perspectivas sobre sociedade e cultura*, Río de Janeiro, Levatã, 1994.
- Guilherme dos Santos, Wanderley, *Paradoxos do liberalismo: teoria e historia*, Río de Janeiro, Raven, nueva edición 1999.
- Haddow, R.H., *Pavilions of Plenty*, Washington, D.C., Smithsonian Institute, 1997.
- Joseph, Gilbert M., (et al), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, North Carolina, Duke University Press, 1998.
- Lemos, Renato, *Benjamin Constant: Vida e historia*, Río de Janeiro, Topbooks, 1999.
- Miceli, Sérgio (coord.), *História das ciências sociais no Brasil*, Sao Paulo, IDESP/ Vértice, 1989.
- , *A desilusão americana; relações acadêmicas entre Brasil e Estados Unidos*, Sao Paulo, Sumaré, 1990.

- , *A Fundação Ford no Brasil*, São Paulo, FAPESP, Sumaré, 1993.
- , *Intelectuais e classe dirigente no Brasil, 1920-1945*, São Paulo, Difel, 1979.
- Mills, C. Wright, *Letters and Autobiographical Writings*, Berkeley, The University of California Press, 2000.
- Peard, Julyan G., *Race, Place, and Medicine: The Idea of the Tropics in Nineteenth-Century Brazilian Medicine*, Durham, Duke University Press, 1999.
- Pike, Fredrick B., *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*, Austin, The University of Texas Press, 1992.
- Pim, Antonio, *Historia do liberalismo brasileiro*, Sao Paulo, Editora Manderim, 1998.
- Ribeiro, Darcy, *Confissões*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997.
- Rodgers, Daniel, *Atlantic Crossings. Social Politics in a Progressive Era*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999.
- Rosenberg, Emily, *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, New York, Hill and Wang, 1982.
- Sambarino, Mario, *Identidad, tradición, autenticidad: problemas de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- Seigel, Micol, “The Point of Comparison: Transnational Racial Construction, Brazil and the U.S., 1918-1933”, tesis Ph.D., New York University, 2001.
- Souza, Jesse (coord.), *Multiculturalismo e racismo: uma comparação Brasil-Estados Unidos*, Brasília, Paralelo 15, 1997.
- Subrahmanyam, Sanjay, *The Political Economy of Commerce—Southern India 1500-1650*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
- , *The Career and Legend of Vasco da Gama*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1997.
- , *The portuguese Empire in Asia 1500-1700*, Londres, Longman, 1993.
- Trindade Lima, Nísia, *Um sertão chamado Brasil. Intelectuais e representação geográfica da identidade nacional*, Rio de Janeiro, IUPERJ, CCAM, 1999.
- Veloso, Caetano, *Verdade tropical*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997.
- Viotti da Costa, Emilia, *Da monarquia a república: momentos decisivos*, São Paulo, Brasiliense, 1985.
- Von Eschen, Penny, *Race against Empire: Black Americans and Anticolonialism, 1937-1957*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1997.
- , y Robert Rydell, *World of Fairs: The Century-of-Progress Expositions*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993.